

ÍSCAR

La importante localidad vallisoletana de Íscar se encuentra a 35 km al sureste de la capital, prácticamente colindante con la provincia de Segovia.

Cuenta Ibn Hayyan en *Muqtabas* que en el 939, cuando las tropas musulmanas pasaron desde Coca al castillo de Íscar, lo hallaron abandonado y arrasaron edificios y cosechas. De estos datos deducimos que, antes de la campaña a que se refiere el cronista, ya se había asentado en la localidad población cristiana que, a pesar de contar con una fortaleza, prefirió huir del ataque. Pero los habitantes regresaron pasado el peligro hasta que, tras sufrir el embate de Almanzor en 983, desistieron de repoblar la zona atacada.

Según Jiménez de Rada, será Alfonso VI quien, otorgando fueros muy favorables a los concejos, impulse la repoblación definitiva de Íscar, Olmedo, Portillo... Estos núcleos reciben su ayuda, incluso en detrimento de los ingresos de la corona, según Ruiz Asencio, para acelerar el proceso de asentamiento de pobladores cristianos en las áreas recién tomadas a los musulmanes. Afirmaba Mañueco que el monarca cedió Íscar al noble Álvar Fáñez, idea que refuta Martínez Díez, quien opina que, a la vista de un documento de 1089 en el que el conde Martín Alfonso aparece controlando la jurisdicción de la villa, que fue al conde Martín, y no a Fáñez, a quien se encomendó el nuevo territorio, idea que es también apoyada por Martínez Llorente. Los datos se reflejan en una carta fechada el 14 de septiembre del citado año, por la que el conde donaba al monasterio de San Zoilo de Carrión el monasterio de Santa María de Íscar. El donante actúa en función de sus competencias en la zona: es él quien dirige la villa, reservando ciertos asuntos al teniente del castillo; además, para revitalizar demográficamente el territorio, donaba, junto con la iglesia y sus dependencias, un lote de tierra cerca de ella *pro populare*. De este modo los monjes de Carrión, que recibían a los vasallos de Santa María además, debían poblar el contorno, obligación que no les sería ingrata, pues los nuevos habitantes quedaban sujetos a ellos.

La villa se desarrollaba a grandes pasos y entraba en el movimiento de propiedades del momento: en 1101 San Zoilo cambia sus bienes con Santa María de Valladolid. En el documento, publicado por Mañueco, una nota al margen aclaraba la ubicación de los bienes así: *una serna que pendit in cimiterio Sancti Michael usque ad illa carrera de los Mazarrones*. Por tanto se constata la existencia de la iglesia de San Miguel en la villa, no muy lejos de Santa María, con su cementerio, como era usual. En lo eclesiástico Íscar pertenecía a la antigua diócesis visigótica de Sepúlveda, extinta y controlada por el arzobispo toledano en espera de su restauración canónica. Una bula de Calixto II, en 1123, confirmó los antiguos términos del obispado de Segovia, en el que quedaba desde entonces englobado este territorio. Aunque esta diócesis tuvo algún roce con la toledana, se solventó en 1150 con un acuerdo sobre los respectivos límites. Alfonso VII se encargó de dotar generosamente a Segovia con parte incluso de los ingresos reales.

En 1190 surge un nuevo problema por la jurisdicción de varios lugares, entre ellos Íscar, con el obispado de Palencia, que requerirá incluso la actuación del legado pontificio en 1247. Gracias a su sentencia, que recoge Villar, sabemos que el *arcipresbiterazgo* de Íscar incluía Cogeces, Megeces, Mojados y Alcazarén. En el mismo documento se citan las tres iglesias parroquiales de la villa: Santa María, San Miguel y San Pedro. A lo largo del siglo XIII se suceden las confirmaciones reales para asegurar el cumplimiento de las concordias entre las diócesis y de las donaciones regias que aseguraban su manutención.

En el siglo XIV se inició la construcción del castillo, totalmente reformado en el XV, que hoy contemplamos en ruinas. Aunque la villa era de realengo, Martínez Llorente afirma que, por presiones nobles, pasó a ser señorío en 1371. Al siglo siguiente la fortaleza estaba en manos de los condes de Miranda.

Bibliografía

ESCRIBANO VELASCO, C. y BALADO PACHÓN, A., 2000; ESCRIBANO VELASCO, C. y HERNÁN SANZ, M., 2001; GONZÁLEZ DÍEZ, E., 1986, pp. 13, 19, 20, 60 y 75; HERRERO DE LA FUENTE, M., 1960, pp. 279 y 283; MAÑUECO VILLALOBOS, M., y ZURITA NIETO, J., 1917, t. I, p. 11; MADOZ, P. 1845-1850 (1984), p. 69; MARTÍN, J. L., 1985, pp. 26 y 47; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1983, pp. 437-442; MARTÍNEZ LLORENTE, F. J., 1990; ORTEGA RUBIO, J., 1895 (1979), t. II, p. 307; PÉREZ CELADA, J. A., 1986, docs. 11 y 19; PÉREZ CHINARRO, J. M.^a, 1986, p. 55; PINO REBOLLEDO, F., 1990, doc. 88; RUIZ ASENCIO, J. M., 1980, pp. 98-99; SAN MARTÍN PAYO, J., 1954, p. 181; SAN MARTÍN PAYO, J., 1983, pp. 41-42; VALBUENA, F., 1986, p. 5; VALDEÓN BARUQUE, J., *et alii*, 1986b, pp. 66 y 104; VILLAR GARCÍA, L. M., 1987, pp. 389 y 395.

Iglesia de San Miguel

SITUADA EN PLENO CASERÍO, de la iglesia de San Miguel destaca exteriormente su ábside semicircular de sillería, sobre zócalo o basamento pétreo, que se articula verticalmente en tres paños mediante dos columnas con basas sobre plinto, muy desgastadas. Sobre los capiteles de estas semicolumnas exteriores –todos historiados– apoya una cornisa o alero de amplio vuelo y moldura de nacela, que a su vez descansa sobre una hilera de canecillos decorados.

Cabecera

En todos y cada uno de los paños se abren amplias ventanas de medio punto y acentuado dovelaje, con doble arquivolta y chambrana decorada con taqueado que apoyan sobre dos columnas, ofreciendo el conjunto grandes similitudes con la iglesia palentina de Espinosilla. En la construcción del paramento absidal se emplearon dos tipos de caliza: una, más oscura, tallada irregularmente y dispuesta en hiladas de diferentes alturas, empleada hasta alcanzar el nivel de los arcos de las ventanas, y otra –de tonalidad más amarillenta, mejor tallada y dispuesta– en la parte superior. Aún se conservan restos del antiguo revoque que cubría esta sillería. Por último cabe señalar que el lado meridional del tramo del presbiterio, único visible, presenta su cornisa restaurada con canecillos nuevos.

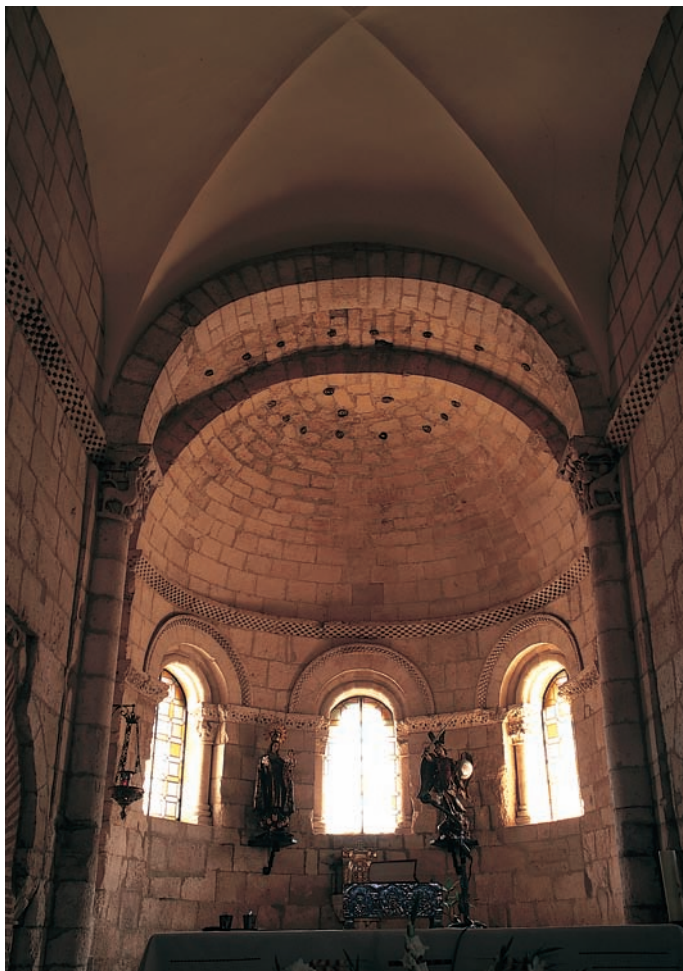
En el interior, el tambor absidal –recorrido en su parte inferior por un moderno banco a modo de cátedra– se cubre con la típica bóveda de cascarón o de cuarto de esfera, que arranca de una imposta taqueada. El pequeño tramo recto que le precede lo hace con cañón apuntado. Esta parte del edificio se abre a la nave mediante un arco triunfal de medio punto doblado, sobre semicolumnas adosadas a una pilastra apenas insinuada, de basa ática y rematadas por capiteles historiados con cimacios también decorados. Una imposta a la altura de éstos articula la nave, que se cubre con una moderna bóveda de arista. En opinión de algunos estudiosos dicha cubierta sustituiría a una primitiva que, dada la actual inexistencia de contrafuertes en su exterior, sería de madera.

Todos los autores que han trabajado este edificio consideraban que el templo original era de una sola nave, ampliado a tres en siglos posteriores. Sin embargo obras realizadas a mediados de la década de 1970 han puesto al descubierto una serie de hallazgos sumamente interesantes. Así, en los muros norte y sur del tramo de la supuesta nave única aparecieron, tras picar el muro y eliminar el encalado, unos arcos de medio punto plenamente románicos –dos a cada lado– que apeaban sobre tres columnas.

De éstas, tan sólo conservamos las laterales y el arranque de sus respectivos arcos, puesto que la central fue destruida en su integridad para abrir un arco de ladrillo. La existencia de estas arquerías laterales permite señalar varias hipótesis: que nos encontremos ante un templo de una sola nave con arquerías ciegas en sus muros, o bien que estas arquerías comunicasen la nave con unos espacios colaterales. De las dos posibilidades planteadas la más factible es la segunda, ya que existen indicios más que probables que así lo dan a entender.

Que se trataba de un edificio con cabecera tripartita, con los ábsides laterales también semicirculares pero de menor tamaño y altura que el central, parece confirmarlo el hecho de que todavía sea visible en la actual cabecera de la nave norte el arranque de la primitiva cubierta de bóveda de horno de su hemiciclo. Asimismo, es posible apreciar la cubierta de cañón del tramo que precede al semicírculo, oculta en la actualidad por una moderna cubierta de escayola. Tipología planimétrica que se repetirá en la cabecera de la nave sur, donde podemos apreciar todavía en su parte

Interior del ábside

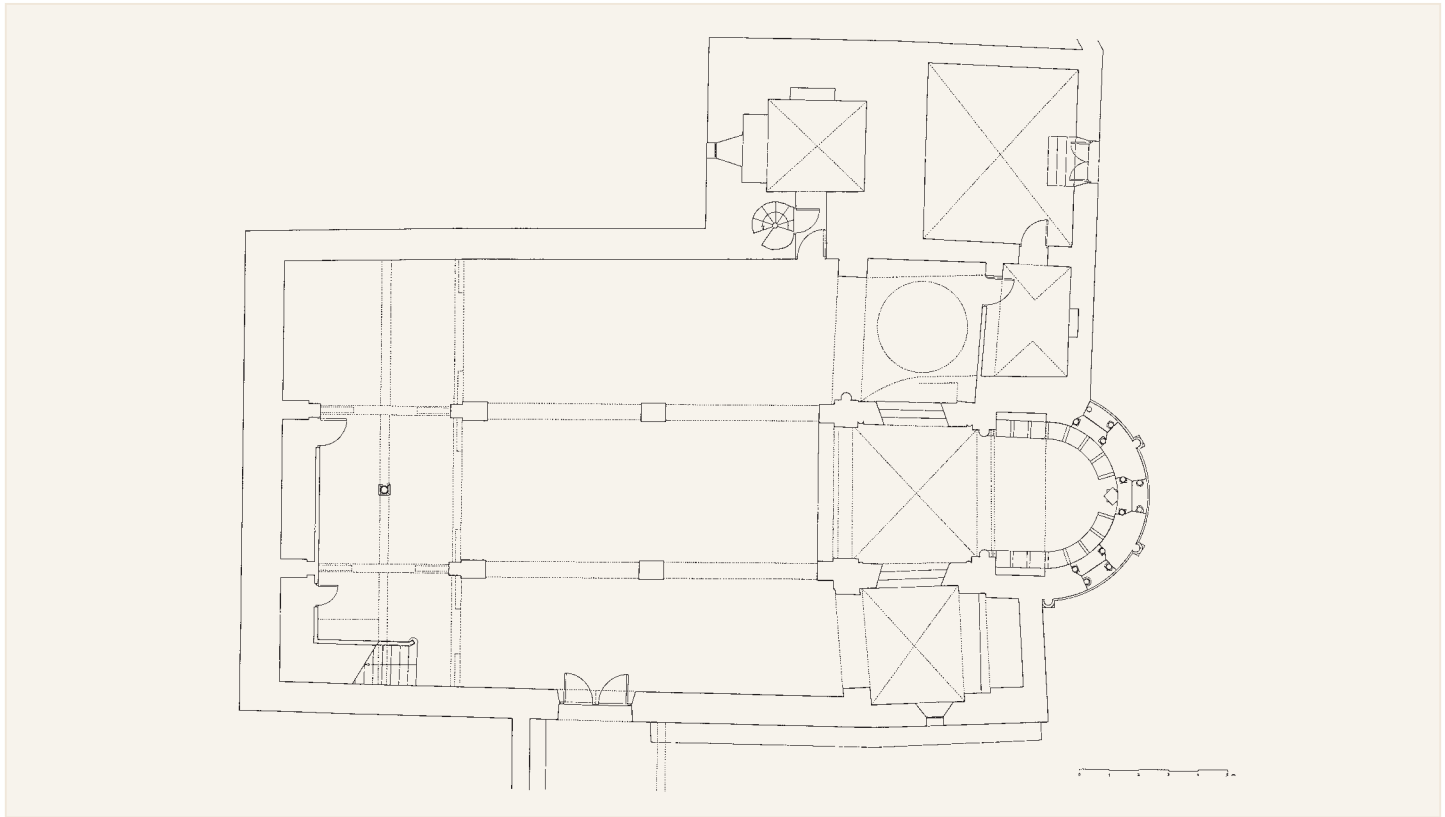


baja el inicio de la curvatura del muro absidal semicircular. Además de las huellas de muros y cubiertas primitivas localizamos otros testigos, especialmente en los soportes que preceden a las arquerías descubiertas. En estos pilares encontramos huellas –nave central– e incluso fragmentos –nave norte– de la existencia de columnas adosadas. En el caso de esta última nave se conserva parte de su columna meridional, habiendo desaparecido la complementaria. Sobre ambas voltearía el arco de medio punto generatriz de la bóveda de cañón mencionada. También es posible observar todavía la presencia, a distintas alturas, de molduras decoradas en los lados oeste y sur del pilar oriental más cercano a la arquería, lo que indica la probable compartimentación interna del edificio de tres naves.

Esta nueva reinterpretación del edificio convierte al tramo del presbiterio en un tramo central de crucero que se cubriría de muy distinta forma a la actual, probablemente no con bóveda cañón –como sugirió José M.^a del Moral– sino con cúpula que arrancararía de la fragmentada moldura decorada que todavía conserva. Restos que siguen esquemas de la centuria anterior, "tomando como referencia construcciones del Camino de Santiago", en opinión de Miguel Ángel Zalama. Conviene tener en cuenta que una estructura similar, de triple cabecera y probablemente de tres naves, tan sólo la encontramos en edificios como Santervás, Urueña y Fresno el Viejo. Muy especialmente este último, San Juan de Fresno el Viejo, de finales del siglo XII, presenta importantes concomitancias planimétricas con San Miguel de Íscar, aunque allí la comunicación con los ábsides laterales se realiza mediante arquerías abiertas en el tramo presbiterial.

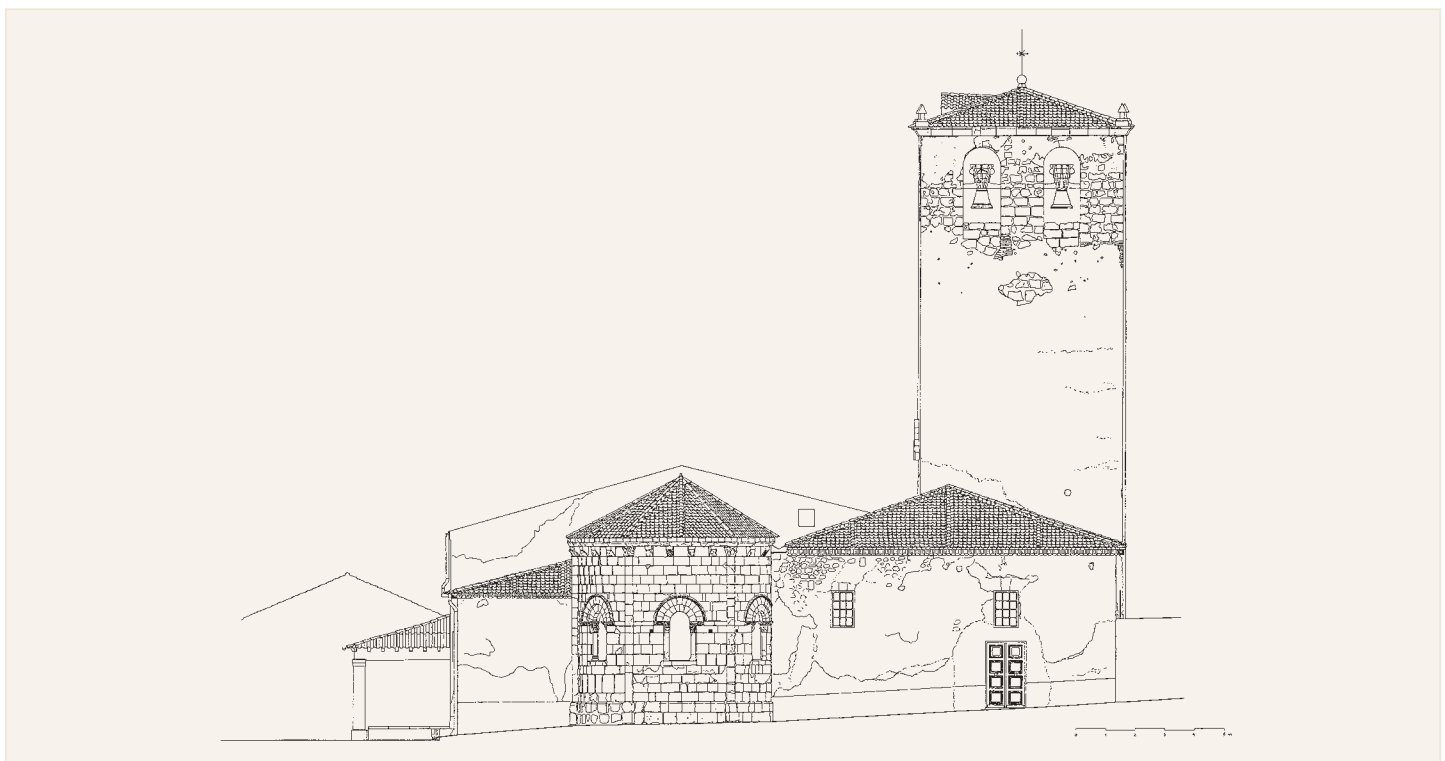
Felipe Heras y tras él Brasas Egado, Lojendio-Rodríguez, etc., fechan el edificio en los primeros años del tercer cuarto del siglo XII (1150-1175), el primero observando influencias románicas burgalesas y segovianas y los segundos palentinas. Sin embargo, José M.^a del Moral lo data en la primera mitad del siglo XII. Sea como fuere, nos encontramos ante uno de los vestigios románicos más antiguos –junto con Arroyo de la Encomienda– e importantes de la provincia de Valladolid: un edificio de cabecera de tres ábsides semicirculares, el central de mayor tamaño, con un tramo presbiterial muy reducido y tal vez tres naves –quizás de tres tramos cada una, como aparecen ahora, de mayor anchura y altura la central– que por los tipos de soportes conservados parcialmente, pilares con semicolumnas adosadas, debían ir completamente abovedadas.

El resto del edificio, las tres naves con coro alto a los pies y la torre, fue reformado en siglos posteriores. Los libros de fábrica conservados reflejan cómo entre 1672-1673 se realizaron obras en la "nabe de adentro y torre de la iglesia" y también en la capilla de Nuestra Señora de Gracia... "que está enfrente de la nabe de madera". Ya en el



Planta

Alzado este





Capitel norte del arco triunfal



Capitel sur del arco triunfal

siglo XVIII, entre 1718 y 1725, se realiza la "sacristía nueva" y las "vobedas" de la capilla de Nuestra Señora de Gracia y en 1762 se ejecutaron obras en el tejado de la torre.

Si en lo arquitectónico Íscar nos ofrece bastante más que simples retazos de lo que fue su primitivo templo románico, en lo escultórico aportará piezas ciertamente interesantes para el románico vallisoletano, a pesar de que uno de los espacios más ricamente ornamentados por lo general, la portada, no ha llegado hasta nosotros y en su lugar —abierta en el muro sur de la nave del mismo lado— se halla una puerta de reciente factura.

Comenzando por el exterior la decoración se localiza en la cabecera, tanto en capiteles como en canecillos y ventanas. Los primeros son en su mayoría vegetales, compuestos por carnosas hojas de palma dobladas y con sus tallos muy abultados, de cuyo fondo sobresalen caulículos divergentes estilizados; tan sólo uno, el central, rompe la monotonía decorativa al representarse en el frente de su cesta una figura humana, decapitada, flanqueada en los ángulos por dos cuadrúpedos, quizás leones. Los canecillos son de nacela, decorados con distintos motivos: simples volutas, rosáceas,

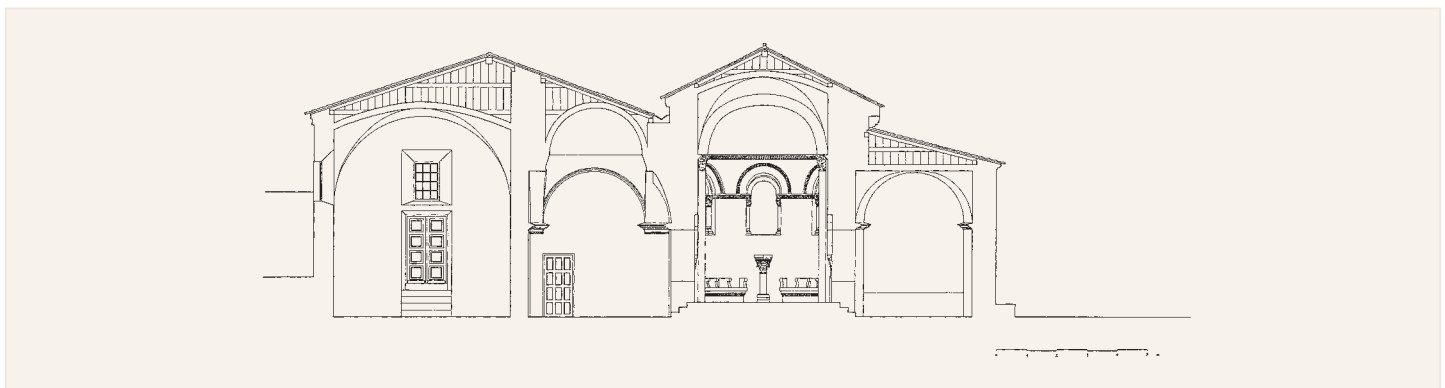
etc. Las ventanas, con un acentuado dovelaje, aparecen guarnecidas por chambranas que se decoran con una triple hilera de pequeños tacos. Tanto éstas como las arquivoltas exteriores apoyan sobre una imposta con rosetas envueltas por un roleo estriado, motivo que aparece también en uno de sus canecillos que las flanquean. Las columnas, sobre basas áticas y con grueso toro inferior, poseen capiteles decorados que presentan, de izquierda a derecha, hojas dobladas en la primera ventana, leones enfrentados y hojas estriadas, en la segunda y, finalmente, animales enfrentados y un personaje sedente, lamentablemente decapitado, en la tercera.

En el interior el ábside se articula mediante una línea de imposta decorada con hojas carnosas inscritas en roleos. Las tres ventanas se organizan con doble arquivolta, la interior abocelada y la exterior de rosca plana y rematada por una chambrana taqueada. La rosca interna de cada una de las ventanas apea sobre sendas columnas de fustes monolíticos, dispuestos sobre basas. Éstas presentan grueso toro, escocia y baquetón y se disponen a su vez sobre plintos, en su mayor parte prismáticos, incorporando además la basa de la ventana central —columna izquierda— una



Sección longitudinal

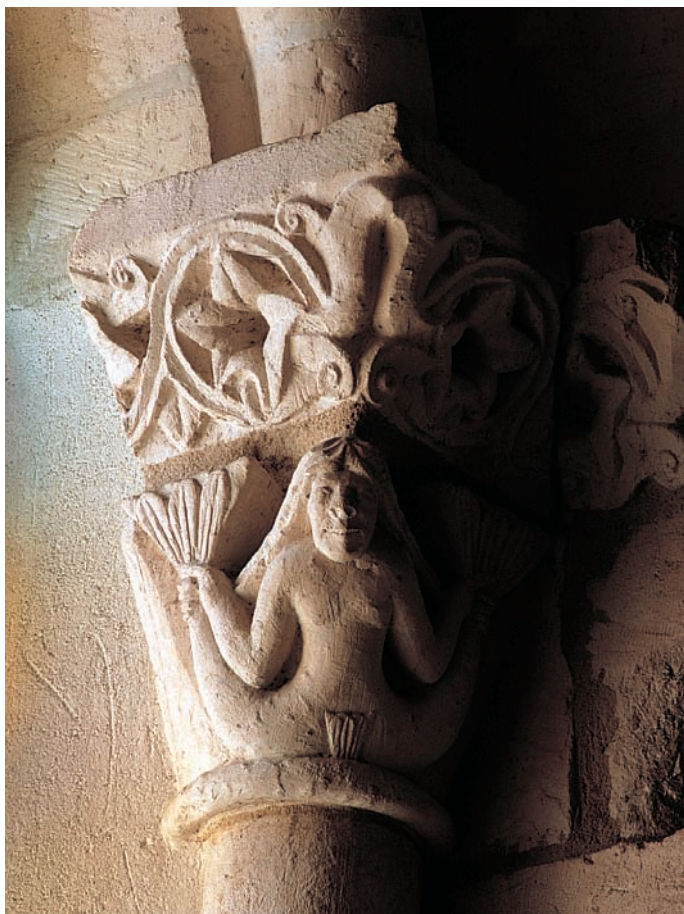
Sección transversal



decoración de sogueado. Los ábacos de los capiteles se decoran con los mismos motivos que la línea de imposta, mientras las cestas desarrollan una variada iconografía. De derecha a izquierda, la primera ventana muestra leones enfrentados y sirena de doble cola y la segunda un animal indefinido y palmetas rematadas en bolas. Las caras internas de estos dos últimos capiteles están destruidas, quizá a raíz de la colocación de algún pequeño retablo. Finalmente la tercera ventana luce doble hilera de palmetas y hojas intercaladas, también en dos filas.

Respecto a los capiteles del arco triunfal, el del lado de la epístola alterna en su cesta escenas del Antiguo Testamento en el frente (Adán y Eva señalando a una serpiente antropomorfa –con cabeza femenina–, enroscada en un árbol que marca el eje central de la escena) con representaciones fantásticas (sirena de doble cola, tema presente en edificios vallisoletanos como Castrillo de Duero, Piña de Esgueva o Fresno el Viejo) y animalísticas (ave devorando un reptil) en los laterales. Su cimacio aparece recorrido por leoncillos en diferentes actitudes. En el del lado del evangelio se representan –en el frente– dos personajes, uno en actitud sumisa o de oración y otro sujetando la

Capitel en el ventanal norte del ábside



brida de una cabalgadura con su correspondiente jinete, y por otro a una figura antropomorfa, con busto humano y cuerpo de cuadrúpedo, en clara actitud de desafío. Resulta enormemente complicado identificar iconográficamente la escena representada en su frente, aunque pudiera tratarse de un capítulo del Nuevo Testamento según San Mateo: la Huida a Egipto. El cimacio correspondiente se ornamenta con aves enfrentadas y contrapuestas.

Dado el mal estado en el que se encuentran los capiteles de las arquerías derruidas, tan sólo nos es posible identificar una escena animalística en el capitel occidental de la arquería del lado norte. Igualmente deteriorados se encuentran los cimacios, pudiendo únicamente distinguir decoración de taqueado sobre el capitel occidental de la arquería sur. En el centro del ábside y apoyado en la pared, sirviendo de peana del sagrario se conserva otro capitel cuya antigua ubicación pudiera haber estado en estas arquerías. Tanto su talla como los motivos que presenta son similares a los que allí se encuentran.

En general, el relieve de la escultura de Íscar es abultado y de bastante buena calidad, presentando además una gran riqueza y variedad figurativa. En resumen, y siguiendo a Felipe Heras, una talla "más dentro de la tradición palentina" al servicio de una temática que todavía conserva "un contenido alegórico-transcendente y no naturalista" muy acusado.

Respecto a su cronología, todos los rasgos estilísticos apuntan a los años centrales del siglo XII, es decir, un período temprano si atendemos a la mayor parte de los edificios románicos vallisoletanos que han llegado hasta nosotros.

En las naves modernas de la iglesia se encuentran dos pilas gallonadas –una incorpora arquiteos– apoyadas sobre fuste y basa lisa. De cronología indeterminada, aparecieron a raíz del proceso de desescombrado durante la restauración de mediados de los años setenta.

Texto: AMMT - Planos: MLH - Fotos: JLAO

Bibliografía

- BANGO TORVISO, I. G., 1994, pp. 184-186; BANGO TORVISO, I. G., 1997, p. 277; BRASAS EGIDO, J. C., 1977, pp. 90-92; BRASAS EGIDO, J. C., 1990, p. 176; CASTÁN LANASPA, J., 1986a, p. 24; CASTÁN LANASPA, J., 1990, pp. 56 y 57; GAYA NUÑO, J. A. y GUIDIOL RICART, J., 1948, p. 293; HERAS GARCÍA, F., 1966, pp. 15, 18, 55, 56, 59, 61-65 y 93 y lám. VI; HERRERO MARCOS, J., 1997, pp. 63-66; LOJENDIO, L. M.^a de y RODRÍGUEZ, A., 1966 (1979), pp. 388-389; MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., 1949, p. 172; MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., 1968, p. 148; MARTÍN GONZÁLEZ, J. J. (dir.), 1970, pp. 144-145; MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., 1989, p. 156; MORAL, J. M.^a del, 1940a, pp. 83 y 84 y láms. VI y VII; QUADRADO, J. M.^a, 1885 (1989), p. 206; SÁINZ SÁIZ, J., 1991, p. 95; SUREDA I PONS, J., 1985, p. 340; VALLE PÉREZ, J. C., 1991, pp. 15 y 17; ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., 1994, p. 77.

Iglesia de Santa María

ESTA IGLESIA, QUE REÚNE también la advocación de San Pedro, tras haberse anexionado esa extinta parroquia, se halla en el sector oriental de la población, rodeada de un alto atrio que la hace inaccesible por cualquier lado que no sea la escalinata.

Es posible que un par de documentos relacionados con el monasterio palentino de San Zoilo de Carrión de los Condes nos refieran las primeras noticias del templo, si es que podemos identificarlo con el monasterio que se menciona en ellos. Así el 14 de septiembre de 1089 el conde Martín Alfonso dona al monasterio carrionés el cenobio de Santa María de Íscar, con su iglesia y el cementerio anejo, aunque pocos años después, en 1101, San Zoilo permutará el monasterio de Íscar y sus propiedades —que habían sido acrecentadas por Urraca Martínez, hija del conde— con Santa María de Valladolid, sin que tengamos después otras noticias de esa comunidad.

Vista general de la cabecera



Nada quedaría de aquella antigua fábrica y lo que hoy podemos contemplar es un edificio en cuya construcción se ha empleado piedra y ladrillo, según los sectores, y que consta de cabecera con ábside semicircular, tramo presbiterial y tres naves de tres tramos, separadas por arcos apuntados que apoyan en gruesas columnas cilíndricas. Una torre de planta cuadrada se adosa a la fachada sur, lo mismo que la sacristía, y también a ese lado se halla la portada. Sin embargo del estilo que nos interesa es únicamente la cabecera.

Exteriormente el ábside se asienta sobre un zócalo de sillería caliza, sobre el que se levanta otro sector de mampuesto antes de dar paso a la fábrica de ladrillo, articulada ésta con tres cuerpos de arcos de medio punto, doblados, dispuestos al tresbolillo, todos ciegos. El muro semicircular está formado en realidad, de forma muy evidente, mediante doce planos rectos, el mismo número de arcos que se disponen en cada cuerpo. Finalmente un friso de segmentos en esquinilla precede al alero, formado por ladrillos aplantillados en nacela.

El presbiterio, también con zócalo de piedra, está muy enmascarado por los añadidos posteriores. Es ligeramente más ancho que el ábside y de la misma altura, con un cuerpo inferior formado por tres arcos doblados, de medio punto, dentro de casetones, idéntico al segundo, que se dispone en la misma vertical y rematado por un tercero en el que los arcos han sido sustituidos por dos casetones rectangulares, paralelos, dentro de otro de mayor tamaño. El alero, plano, debe ser completamente nuevo, fruto de modernas restauraciones que han debido afectar también a buena parte de los paramentos.

En el interior todo aparece con un revoco de época barroca. El ábside se cubre con la habitual bóveda de horno mientras que el presbiterio lo hace con una bóveda de cañón de dos tramos, separados mediante un fajón central. Los muros de este sector, que han sido desprovistos del revoco, están decorados en cada lado por sendos arcos de medio punto doblados. Una pilastra separa ambos arcos, mientras que otra de triple escalonamiento sirve de tránsito al ábside, idéntica a la que conforma los soportes del arco triunfal, rematado en lo que parece una triple arquivolta, actualmente revocada.

Las tres naves están construidas en piedra, siendo la central de la misma anchura que la cabecera y las dos laterales más estrechas, en origen además más bajas. A ellas se asocia la sencilla portada de arco apuntado, de cronología gótica.

La existencia de dos construcciones bien diferenciadas, cabecera por un lado y naves por otro —al margen de añadidos postmedievales—, con empleo de dos materiales dis-

*Interior*

tintos, parecen evidenciar dos etapas en la fábrica de la iglesia, en las que una cronología de fines del XIII o XIV para las naves resulta evidente. Más complejas pueden ser las fechas de la cabecera, a la que Valdés encuadra dentro de la "fase manierista" del mudéjar, con una data en la segunda mitad del siglo XIII o comienzos del XIV, es decir, muy similar a la que suponemos para las naves.

Sin duda es difícil precisar si estamos ante dos momentos bien diferenciados, con una clara permanencia de modelos románicos en el ábside y formas netamente góticas en las naves, acompañado todo además de un cambio evidente de materiales o, por el contrario, son obras prácticamente coetáneas y sólo hay un cambio de estilo que se refleja en el empleo de dos distintas tipologías artísticas que conviven en toda la comarca. Ciertamente, según la opinión de Valdés, habría que abogar por esta segunda posibilidad y en este sentido el empleo de determinadas técnicas de trabajo de la piedra en el zócalo de la cabecera hacen indiscutibles, también a nuestro juicio, unas fechas de al menos mediados del XIII.

Texto y fotos: JNG

Bibliografía

BRASAS EGIDO, J. C., 1977, pp. 88 y 89; HERRERO MARCOS, J., 1997, pp. 67 y 68; MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., 1982, p. 414; PÉREZ CELADA, J. A., 1986, docs. 11 y 19; PÉREZ HIGUERA, M.ª T., 1993, pp. 63 y 64; VALDÉS FERNÁNDEZ, M., 1981, pp. 192 y 193; VALDÉS FERNÁNDEZ, M., 1996, pp. 108 y 116; VILLAR GARCÍA, L. M., 1987, p. 389; ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., 1994, p. 77.

Lado norte de la cabecera